

081. San Pedro Claver

Muchos Santos verdaderamente gigantes ha tenido nuestra América, pero pocos ganarán en altura a San Pedro Claver, un apóstol del todo excepcional, aunque no se moviera de Cartagena de Indias, en Colombia. El Papa León XIII dirá: *La vida que más me ha impresionado después de la de Cristo es la de Pedro Claver*. El Párroco que lo bautizó escribió al final del acta estas palabras textuales: *¡Dios le haga un buen cristiano! Y sí, Dios le hizo un cristiano de primerísima talla...*

Soñando a lo divino, Pedro Claver deja los estudios universitarios e ingresa en la Compañía de Jesús. Llega a la casa de Mallorca y le abre la puerta un hermano lego, que se echa a los pies del recién llegado y los besa con devoción indecible. San Alonso Rodríguez, lleno de la luz de Dios, adivina quién va a ser este tesoro de joven que Dios les envía. Traba íntima amistad con él, y lo despedirá después con una palabras que se han hecho famosas:

- *¡Ay, Pedro! Cuántos están ociosos en Europa mientras en América les esperan tantas almas. Vete, que allí está tu misión. ¡Qué campo se abre allí a tu fervor! No tengas miedo a los trabajos, que quien no sabe padecer no sabe amar.*

Esto, lo que San Alonso Rodríguez decía a Pedro, el cual ya había escrito a sus veintidós años, y firmado con su propia sangre: *Quiero pasar toda mi vida trabajando por las almas, salvarlas y morir por ellas.*

Al fin, los superiores acceden a sus deseos y le mandan para América, a Colombia, y Cartagena será testigo de los heroísmos casi indecibles del misionero que Dios le envía.

¿Qué ocurre en Cartagena en aquellos principios del siglo diecisiete? Son unos años llenos de vergüenza en el asunto de la esclavitud de los negros. Por millones llegan del Africa a todas las costas americanas, desde Brasil hasta las tierras que después serán los Estados Unidos. No se leen sin horror las historias auténticas de aquellos traslados de material humano en unas condiciones que hoy nos sublevan.

Cada barco que llegaba reproducía unas escenas indescriptibles. ¿Cómo se podía actuar así con personas? ¿Cómo se podía negociar con ellas peor que con animales? ¿Cómo habían sido los tratos en la travesía, cuando era lo normal que llegaban vivos al puerto nada más que una tercera parte de los que habían embarcado? ¿Y cómo llegarían de deshechos, hambrientos y enfermos, que era un problema habilitarlos para el trabajo forzado a que se los destinaba?...

Pedro Claver, ante lo que presencian sus ojos, toma un papel cualquiera y escribe en él su voto hecho a Dios, con unas palabras que se han hecho inmortales: *Pedro Claver, esclavo para siempre de los esclavos negros.*

A ellos les va a consagrar la vida. Durante treinta y nueve años no va a saber lo que es un día de descanso. Venciendo repugnancias indecibles, los lava, les limpia sus llagas incurables, los besa —porque besar las llagas de los enfermos era en él un gesto normal—, pide limosna por las calles para dar de comer a los que se mueren de hambre, se interpone entre el látigo del amo cruel y del esclavo indefenso...

Los historiadores de Pedro no acaban de contar casos y casos a cual más heroico y casi increíble. Cada barco que llega con la fatal mercancía es ocasión para Claver de proclamar

ante el mundo que esos pobres esclavos de color son hombres y mujeres dignos de respeto, que son hijos de Dios y van a ser también porción escogida de la Iglesia.

De labios del mismo Claver sabemos que llegó a bautizar a más de trescientos mil. Catequizados, formaban después filas constantes ante el confesonario del Padre, el cual dejaba para el final —o muy humilditas en el puesto que les tocaba dentro de la fila— a las señoras más encopetadas y ricas, pues los esclavos negros eran los dueños primeros de su tiempo, de su trabajo y de su amor.

Los negros, naturalmente, le querían con pasión ardiente. Tenían en él un padre y un maestro sin igual. Los dignificaba ante la sociedad y los hacía hijos dignos de la Iglesia. Para su instrucción bautismal, había hecho pintar un cuadro muy significativo. De las llagas de Cristo Crucificado salía abundante la Sangre que los limpiaba de la culpa y los dejaba muy bellos, tan bellos que aparecían al lado del Papa, los Obispos y las autoridades: *¿Ven? Ustedes, los negros bautizados, son tan dignos y tan grandes como ellos.* Al otro lado, feos como antes y con caras amargadas, aparecían los que rechazaban el Bautismo: *¿Ven también? Ésos no se quieren salvar...*

Los que habían venido esclavos, se sentían hijos de Dios libres; mientras que los dueños despiadados, con resquemores en sus conciencias, aprendían qué cosa eran los derechos humanos más elementales...

Al final se echó la peste encima y segaba las vidas a montones. Pedro se da a cuidar sin descanso a los enfermos y contrae también la peste. Pero no muere. Queda medio paralítico, y en los últimos años de su vida va a trabajar igual, pero con esfuerzos sobrehumanos.

Los mismos negros, cuando lo ven pasar por la calle, le piden: *¡Basta, Padre, basta, que ya no puede más!* Pero Claver no se rinde. Hasta el último instante será esclavo de su deber, que es ser *esclavo de los esclavos negros*, como se había obligado por voto.

Su maestro espiritual, el hermano lego San Alonso Rodríguez, fue un día arrebatado en visión al Cielo y contempló un trono más espléndido que todos los de su alrededor, y eso que todos eran de los más distinguidos de la gloria. Y oyó estas palabras: *¿Ves? Este trono es para tu discípulo Pedro Claver, en premio de las innumerables almas que habrá convertido con sus trabajos y sudores.*

El día 8 de Septiembre de 1654 corrieron muchas lágrimas por tantas caras de color en Cartagena, mientras Pedro Claver iba tomar posesión de aquel trono tan envidiable que Dios le tenía preparado.